

Basta leer el discurso del papa Urbano II en el concilio de Clermont, para convencerse de que los jefes de aquellas empresas guerreras no abrigaban las mezquinas ideas que se les atribuyen, puesto que su propósito era salvar al mundo de una nueva irrupción de bárbaros. El espíritu del mahometismo es la persecución y la conquista, al paso que el del Evangelio es la tolerancia y la paz. Los cristianos sufrieron por espacio de setecientos sesenta y cuatro años todos los males que se gozó en causarles el fanatismo de los musulmanes, y sólo intentaron interesar en su favor á Carlo Magno; pero ni España sometida (pero animosa), ni la Grecia y las Dos-Sicilias devastadas, ni el Africa entera esclavizada pudieron determinar por espacio de cerca de ocho siglos á los cristianos á tomar las armas. Si al fin los tristes gritos de tantas víctimas degolladas en Oriente, si los alarmantes progresos de los bárbaros, ya en las puertas de Constantinopla, despertaron á la cristiandad y la hicieron acudir presurosa á su propia defensa, ¿quién se atrevería á decir que la causa de las guerras sagradas fué injusta? ¿Cuál sería hoy nuestra suerte, si nuestros padres no hubiesen rechazado oportunamente la fuerza con la fuerza? Contémplese la Grecia actual, y veremos cuál es el destino de un pueblo bajo el yugo musulmán. Los que tanto se felicitan en nuestros días por el progreso de las luces, ¿hubieran querido ver reinar entre nosotros una religión que entregó á las llamas la biblioteca de Alejandría, que considera un mérito humillar á los hombres y que mira con el mayor desprecio las ciencias y las artes?

» Las Cruzadas, al debilitar las hordas mahometanas en el centro mismo de Asia, han impedido que fuésemos presa de los turcos y los árabes. Han hecho más: nos han salvado de nuestras propias revoluciones, suspendiendo, por medio de la *paz de Dios*, nuestras guerras civiles y abriendo una ancha salida á ese exceso de población que tarde ó temprano ocasiona la ruina de los Estados, observación hecha por el padre Maimbourg, y lamente dilucidada por M. de Bonald.

» Por lo que respecta á los demás resultados de las Cruzadas, empíezase ya á convenir en que estas empresas bélicas favorecieron al desarrollo de la ciencia y la civilización. Robertson ha tratado concienzudamente este asunto en su *Historia del comercio de los antiguos en las Indias Orientales*. Añadiré que no debe omitirse en estos cálculos la justa celebridad alcanzada por las armas europeas en las expediciones de allende los mares. El tiempo de estas expediciones es el tiempo heroico de nuestra historia, el en que tuvo origen nuestra poesía épica. Lo que presenta en una nación el sello de lo maravilloso no debe ser despreciado por esta misma nación, pues sería vano empeño pretender

disimulárnoslo: existe en nuestro corazón algo que nos hace amar la gloria; el hombre no se compone únicamente de cálculos positivos acerca de su bien y de su mal, y creerlo así sería rebajarlo en demasía; sólo alimentando á los romanos con la idea de la *eternidad* de Roma, se les condujo á la conquista del mundo, y se les hizo legar á la historia un nombre eterno.

Partieron los cruzados en los primeros días de la primavera del año 1096, capitaneados por Godofredo de Bouillón, duque de la baja Lorena, á quien siguen sus hermanos Eustaquio y Balduino, y con ellos los caballeros de las familias más ilustres.

Después de las ventajas mezcladas con numerosos y crueles reveses, Nicea, con varias plazas de la Natolia ó Asia Menor, Antioquía, etcétera, caen en su poder. No puede menos de recordarse que Antioquía había visto delante de sus murallas á más de trescientos mil cruzados sobre las armas. Doscientos mil habían perecido, víctimas de los combates, de la miseria y de las enfermedades. Muchos peregrinos no habían podido soportar las fatigas de la guerra santa, y perdiendo ya la esperanza de ver á Jerusalén habían regresado al Occidente. Muchos habían fijado la residencia en Antioquía, en Edeso, ó en otras ciudades que habían libertado de la dominación de los infieles; de manera que el ejército que debería conquistar los santos lugares contaba apenas bajo sus banderas cincuenta mil combatientes.

Sin embargo, los jefes no titubearon un solo momento en llevar adelante su empresa. Los guerreros que estaban al frente de las tropas habían resistido á todas las pruebas, no llevando en su séquito á una multitud inútil y embarazosa. Siendo el ejército menos numeroso, había también que temer menos la indisciplina, la licencia y el hambre. Experimentados en cierto modo por las pérdidas que habían sufrido, era tal vez más temible que al principiar la guerra. El recuerdo de sus hazañas sostenía su confianza y su valor, y el terror que inspiraban podía hacer creer al Oriente que disponían aún de fuerzas considerables.

Después de haber vencido al emir de Trípoli en una sangrienta batalla, y haberle obligado á comprar mediante un tributo la paz y el sosiego de la capital, todos los cruzados se pusieron en marcha hacia Jerusalén. Era á fines de mayo: la belleza de la primavera y los tesoros del verano cubrían las campiñas que se extienden entre el mar fenicio y las montañas del Líbano. Mieses de trigo y de cebada, doradas ya por el sol de la Siria, numerosos rebaños esparcidos por los valles ó en las vertientes de las colonias, naranjos, azufaifos y granados, cuyos brillantes frutos les anunciaba la tierra de promisión; las abundantes

aguas, los campos cubiertos de olivos y de morales, las palmeras que los cruzados encontraban por primera vez en el camino, todas las riquezas de un sol fecundo se desplegaban ante los ojos de un ejército que había pasado por regiones estériles y que había experimentado los rigores del hambre.

El entusiasmo de los guerreros de la Cruz se reanimó á la vista del Líbano, cuya gloria había cantado la escritura, y sin duda más de un peregrino buscaba en sus montañas las águilas y los cedros tan famosos.

Entre las producciones de las riberas fenicias, una planta cuyo zumo era más dulce que la miel, llamó particularmente la atención de los cruzados. Esta planta era la caña de azúcar, que se cultivaba en muchas provincias de la Siria, y sobre todo en el territorio de Trípoli, en donde se había encontrado el medio de extraer la sustancia que los habitantes llamaban *zucra*. Según cuenta Alberto de Aix, ella había servido en gran manera á los cristianos afligidos por el hambre en los sitios de Marrah y de Archas. Esta planta, que es hoy día una producción tan importante para el comercio, era desconocida hasta entonces en Occidente. Los peregrinos la hicieron conocer en Europa; hacia la terminación ó fin de los cruzados fué transportada á Sicilia y á la Italia, hasta que los sarracenos la introdujeron en el reino de Granada, de donde los españoles la transportaron á Madera y á las colonias de América.

El ejército cristiano seguía las costas del mar, en donde podía aprovisionarse por las flotas de los pisanos, de los genoveses y por la de los piratas flamencos. Para ir á Jerusalén había tres caminos: el uno por Damasco, fácil y casi siempre llano; el otro por el Líbano, difícil para los transportes; y el tercero por la orilla del mar. Los guerreros de la Cruz siguieron este último. Multitud de cristianos y de piadosos solitarios que habitaban en el Líbano, corrieron á visitar á sus hermanos de Occidente, llevándoles víveres y sirviéndoles de guías.

Raimundo de Agiles habla de una población de sesenta mil habitantes que había en el monte Líbano.

Los cronistas contemporáneos se complacen en celebrar el admirable orden que reinaba en un ejército ágitado, tiempo hacía, por la discordia. Los porta-estandartes marchaban á la cabeza de los peregrinos, venían luego los diferentes cuerpos del ejército, en medio de éstos iban los bagajes, cerrando la marcha el clero y la multitud sin armas. Las trompetas tocaban sin cesar, y los primeros cuerpos caminaban lentamente á fin de que los peregrinos, los más débiles pudiesen seguir sus banderas. Todos turnaban en el servicio de noche, y cuando había

algún peligro, todo el ejército estaba pronto para bñtirse. Se castigaba á los que faltaban á la disciplina, se instruía á los que no conocían las leyes, los jefes y los sacerdotes exhortaban á todos los cruzados á ayudarse los unos á los otros, á dar ejemplo de virtudes evangélicas; y todos eran valientes, sobrios y caritativos ó se esforzaban en serlo.

Los cruzados pasaron por el territorio de Botrys, *Batroun*, de Byblos, *Gebail*, y atravesaron el Lyem *Nahrel-Kelb*, en su desembocadero. Tal era el temor que se había apoderado de los musulmanes al aproximarse el ejército cristiano, que éste no encontró enemigos en un país que, según relación de un testigo ocular, «cien guerreros sarracenos bastaban para prender á todo el género humano». Después de haber atravesado el desfiladero de la embocadura del Lyem, el ejército cristiano marchó fácilmente por el rico territorio de Berito; viendo ya á Sidón y á Tiro, y descansando en los risueños y hermosos jardines de estas antiguas netrópolis al lado de sus ricas y abundantes aguas. Los musulmanes encerrados dentro de sus murallas enviaron provisiones á los peregrinos con la condición de que tenían que respetar los jardines, verjeles y demás riqueza de su país. Antes de llegar á Tiro, descansaron tres días en las riberas de Nahr-Kasemich, en un fresco valle, pero fueron asaltados por unos reptiles que llamaban *taraudos* cuya picada causaba una hinchazón terrible é instantánea, dando unos dolores insoportables y mortales. La vista de estos reptiles que se cazaban, ya golpeando unas piedras con otras, ya haciendo ruido con sus escudos, llenó á los peregrinos de sorpresa y de espanto; pero lo que debía causar todavía mayor admiración, era el extraño remedio que les indicaban los naturales del país y que sin duda fué para aquéllos más bien motivo de escándalo que un medio de curación.

Algunos soldados musulmanes que salieron de Sidón, se atrevieron á amenazar á los cruzados, siendo tal la disposición de los jefes del ejército cristiano, que no supieron aprovecharse de este pretexto para apoderarse de la ciudad ó para imponer algunos tributos á los habitantes; pero nada podía distraerles de su gran empresa. La mayor parte de los jefes que la guerra había arruinado, no trataban ciertamente de enriquecerse con las conquistas; para mantener á sus soldados, se habían puesto á sueldo del conde de Tolosa, al que no amaban. Esta especie de sumisión fué un sacrificio de su orgullo, pero á medida que se acercaban á la Santa Ciudad, era preciso confesar que pedían algo de su ambición ó de su indómito carácter y que hasta olvidaban sus pretensiones y disputas.

Los cristianos, siguiendo siempre la ribera del mar, dejaron atrás

las montañas, y llegaron á las llanuras de Tolemaida, hoy San Juan de Acre. El emir, que en nombre del califa de Egipto mandaba esta ciudad, les mandó víveres prometiendo entregarles la plaza cuando se hubieren apoderado de Jerusalén. Como los cruzados no tenían el proyecto de atacar Tolemaida, recibieron con alegría la sumisión y las promesas del emir egipcio, pero la casualidad les hizo conocer bien pronto que el gobernador de la ciudad no tenía otra mira que la de alejarles de su territorio, y hacer que tropezasen con sus enemigos en el camino que debían andar. El ejército cristiano, después de haber abandonado las campiñas de Tolemaida, dejó á Califa á la derecha, pudiendo contemplar el monte Carmelo, y fué á acampar cerca del estanque de Cesárea, en donde una paloma escapada de las garras de una ave de rapiña, cayó sin vida en medio del campo cristiano. El Obispo de Apt, que fué el que recogió la mencionada paloma, encontró debajo de sus alas una carta escrita por el emir de Tolemaida al de Cesárea. Decía así: «La maldita raza de los cristianos acaba de atravesar mi territorio, y se dirige hacia el vuestro; que todos los jefes de las ciudades musulmanas estén advertidos de su marcha, y tomen medidas para destrozar á nuestros enemigos».

Esta relación inspiró al Tasso la ficción de su libro XVIII, según la cual un palomo que se dirigía á Solimán, es perseguido por un halcón y se precipita sobre las rodillas de Godofredo.

Se leyó esta carta ante el consejo de los príncipes y ante el ejército. Los cruzados, según relación de Raimundo de Agiles, testigo ocular, demostraron alegría y sorpresa á la vez, no dudando un momento que Dios protegería su empresa, ya que les enviaba aves del cielo para revelarles los secretos de los infieles.

Llenos de un nuevo entusiasmo, prosiguieron su marcha, y alejándose de las costas del mar, dejaron á la derecha á Antipátrida y á Joppe. Siguiéron al través de una vasta llanura que los condujo á Lydda, la antigua Dióspolis, célebre por el martirio de San Jorge. No debe olvidarse que San Jorge era el patrón de los guerreros cristianos, y que muchas veces habían creído verle en medio de las batallas, combatiendo á los infieles. Los cruzados dejaron en Lydda un obispo y algunos sacerdotes para el servicio del culto del ilustre mártir, consagrándole el diezmo de todas las riquezas tomadas á los musulmanes. Se apoderaron luego de Ramla y ciudad de la que no habla la Sagrada Escritura, pero que los cruzados debían hacer célebre; y reunidos en esta ciudad que habían encontrado sin habitantes, sólo distaban ya diez leguas de Jerusalén. No dudamos que apenas se creará lo que

vamos á decir, esto es: que estos valientes guerreros, que habían vencido tantos peligros y sujetado á tantos pueblos para llegar á los muros de la Ciudad Santa, deliberaban ahora para saber si irían á sitiar el Cairo ó bien á Damasco. No viendo á su alrededor aquella multitud de tropas que habían conquistado á Antioquía y Nicea, pareció que la esperanza de la victoria les abandonaba por un momento; los peligros y desgracias que les esperaban á la puerta de la ciudad prometida, vino á espantar su imaginación, y próximos á dar la última prueba de su valor, parecía que se decían del fondo de su corazón: se ha consumado nuestro valor. Con todo el recuerdo de sus victorias, los sentimientos que debían inspirarles la proximidad de los Santos Lugares, triunfaron de su perplejidad, y los jefes resolvieron por unanimidad proseguir su marcha á Jerusalén.

Mientras que el ejército cristiano avanzaba, los musulmanes que habitaban las riberas del Jordán, las fronteras de la Arabia y los valles de Sichem, marcharon precipitadamente hacia la capital de la Palestina, los unos para defenderla con las armas en la mano, y los otros para buscar un asilo para sus familias y sus rebaños. Por todos los puntos que pasaron, fueron los cristianos del país maltratados y cargados de cadenas; los oratorios é iglesias entregados al saqueo y á las llamas. Todas las comarcas vecinas de Jerusalén presentaban el aspecto de la desolación, y en todas partes resonaba el grito de guerra.

Al dejar los cruzados las ciudades de Ramla y de Lydda, se aproximaron á las montañas de Judea. Estas son las montañas sobre las que, como queda dicho, está edificada la ciudad de Jerusalén. El ejército cristiano iba avanzando por en medio de un angosto valle, entre dos montañas abrasadas por la fuerza del sol. El camino estaba obstruido por la fuerza de las aguas que habían amontonado grandes piedras sobre la vía, interceptado el paso también por montones de arena que la tempestad había reunido, y, en fin, era intransitable bajo todos conceptos. En este difícil paso la menor resistencia de los musulmanes podía triunfar de los peregrinos, y si no encontraron á los enemigos, debían pensar que era porque Dios mismo les facilitaba el arribo á la Santa Ciudad.

Después de haber andado desde la aurora, el ejército cruzado llegó al caer la tarde á Anathot. En aquel valle bañado por abundantes manantiales resolvieron los cruzados pasar la noche; en este punto recibieron noticias de Jerusalén, que sólo distaba seis millas; los cristianos fugitivos explicaban que en Galilea y en las comarcas vecinas del Jordán se había entregado todo á las llamas, por los musulmanes á su paso